

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Xavier Noguez

“Miguel León-Portilla y su estudio de los códices”

p. 43-54

Vivir la historia

Homenaje a Miguel León-Portilla

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir_historia.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MIGUEL LEÓN-PORTILLA Y SU ESTUDIO DE LOS CÓDICES

XAVIER NOGUEZ
El Colegio Mexiquense

Primeramente, deseo agradecer la invitación a participar en esta celebración del doctor Miguel León-Portilla. Para mí, siempre será una ocasión muy especial volver a la Universidad Nacional Autónoma de México, mi *alma mater*, institución a la que le debo gran parte de mi formación profesional.

Estamos aquí reunidos para celebrar la vida y la obra de uno de los más fecundos investigadores, dedicado a diversos campos de la historia mexicana. De entre esos campos, para esta ocasión, escogí analizar brevemente el de los códices mesoamericanos, por la razón de que mi labor profesional ha estado ligada, en los últimos diez años, a estudiar y publicar aquéllos procedentes del territorio mexiquense.

En 1997, la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional y el Instituto Nacional de Antropología e Historia dieron a conocer los textos del homenaje al doctor León-Portilla por sus cuarenta años de trabajo académico. Con el título de *In ihiyo, in itlahtol. Su aliento, su palabra*, se publicaron varios trabajos, entre ellos los de los doctores José Alcina Franch y Leonardo Manrique Castañeda.¹ Ahí se trató, con gran eficacia y puntualidad, la labor que el doctor León-Portilla había desarrollado en los terrenos de la investigación y edición de documentos pictográficos mesoamericanos. Los autores dedicaron su atención a analizar las publicaciones del catecismo náhuatl en imágenes (un *Testeriano*) que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, el *Códice Fejérváry-Mayer* (rebautizado por el doctor León-Portilla como *Tonalámatl de los pochtecas*), el *Mapa de Uppsala*

¹ José Alcina Franch, “Estudios sobre códices”, y Leonardo Manrique Castañeda, “Un códice editado por Miguel León-Portilla”, en *In ihiyo, in itlahtol. Su aliento, su palabra. Homenaje a Miguel León-Portilla*, p. 139-164.

(Suecia), dado a conocer como el *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos, hacia 1550*, en el que colaboró la doctora Carmen Aguilera, y el *Códice Colombino Becker I*, también rebautizado por nuestro autor como *Códice Alfonso Caso*.

Para mi fortuna, nuestro homenajeado tenía en mente publicar una obra que fuera a la vez difusora del conocimiento del fenómeno de la pintura de códices, y que sirviera de mapa y brújula para todos aquellos especialistas, estudiantes y público en general que desearan informarse sobre diversos tópicos de la *tlacuillo* mesoamericana. De esta empresa surgió un libro intitolado *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, publicado en 2003, con una reimpresión en 2004.² Por lo tanto, me referiré a este libro que compendia, de manera muy puntual, un buen número de ideas sobre temas que el doctor León-Portilla ha tratado en su larga y erudita carrera. Desde que se dio a luz, el libro ha sido objeto de varias reseñas, entre las que destaca la muy completa de Rodrigo Martínez Baracs.³

Podríamos decir que la obra en cuestión gira en torno de un juicio que parece sencillo, pero que no lo es: Mesoamérica como una *amoxtlalpan*, una tierra de libros donde, desde tiempos remotos, en varias áreas, los libros, *amoxtli*, y sus repositorios, *amoxpia-loyan* o *amoxcalli*, fueron parte integral del desarrollo cultural. En ninguna otra región de la América precolombina se dio este fenómeno de la elaboración de dispositivos portátiles elaborados en amate, pieles de animales o lienzos de fibras vegetales, que acumularan información de diversa índole, sujeta a ser recuperada a través de un sistema de registro gráfico. Y a este tema se dedica la primera parte del texto. De ahí nos movemos al estudio de esa variedad de tópicos tratados en los libros que sobrevivieron la conquista española y los que fueron pintados en la etapa colonial en diversos lugares. Destacan los *tonalámatl*, llamados ahora “libros de los destinos”, de los que quizá se hayan derivado otros almanaques mánticos conocidos como *temicámatl* o “libros de los sueños”. Otros grupos importantes fueron los *xiuhámatl*, especie de anales históricos, los *tequiaámatl*, registros de tributos, los *tlalámatl*, libros catastrales y los *cuicaámatl*, compendios de cantos. Como un segmento importante de esta primera parte de la obra, destaca el análisis que el autor hace de ese fenómeno que se da particularmente en la primera etapa novohispana: el doble proceso de destrucción

² Miguel León-Portilla, *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*.

³ Publicada en *Estudios de Cultura Náhuatl*, n. 34, p. 510-520.

y recuperación de la memoria indígena, al acabar con un considerable número de pictografías, particularmente en Yucatán y el centro de México, pero a la vez reconstruirla en otros códices y crónicas escritos en los ámbitos indígena, hispano o mestizo. En este ambiguo proceso de destrucción y construcción memorística, perdimos y ganamos valiosa información.

El siguiente tema tratado es el de la relación estrecha entre oralidad y códices. El autor nos invita a que fijemos nuestra atención en este binomio que puede explicar cómo se realizaba la lectura completa de los contenidos en los libros pintados. Pero se trata de una oralidad que va más allá de cualquier recurso mnemotécnico, entendido como exclusivo auxiliar mecánico de la memoria. La lectura de este capítulo nos entrega una imagen más compleja del proceso, que será necesario tomar en consideración para futuras exploraciones de códices y fuentes escritas en caracteres latinos. Como afirma Martínez Baracs en su reseña, la correcta lectura de los códices “requiere, más que un vocabulario y una gramática, la participación en una sabiduría.”⁴ Pero además hay otro proceso de “transvase de la oralidad y las pinturas a otro soporte distinto como la escritura alfabética...”⁵ proceso que, en muchas ocasiones, no ha sido tomado suficientemente en cuenta en los análisis de fuentes etnohistóricas novohispanas.

Otra de las facetas importantes en el conocimiento de los códices es la incluida por León-Portilla sobre los grandes momentos del estudio de los documentos pictográficos: la investigación sobre los investigadores. El elenco de autores mencionados es, afortunadamente, largo; en él sobresale la labor de cuatro de ellos en particular: Alfonso Caso, Karl Anton Nowotny, J. Eric S. Thompson y Yuri Valentinovich Knórosov. Caso, otro prolífico autor, enfrentó los retos de la arqueología y la etnohistoria oaxaqueña prehispánica y colonial temprana, así como también de los documentos nahuas del Altiplano Central, en una época heroica cuando poco se sabía con seriedad de esos pueblos. Nowotny abrió caminos sólidos en varias direcciones dentro del estudio de las pictografías prehispánicas del llamado *Grupo Borgia*. Thompson y Knórosov, aunque trabajando en contrapunto, se han convertido en puntales del conocimiento de la escritura maya. Al acercarse a sus trabajos, llama la atención un asunto: sus “Piedras Rosettas” para descifrar los

⁴ *Ibidem*, p. 518.

⁵ León-Portilla, *Códices...*, p. 143.

documentos pictóricos prehispánicos han sido fuentes escritas después de la conquista hispana. Para Alfonso Caso fue la *Relación geográfica* o *Mapa de Teozacualco* la que le abrió la posibilidad de entender con corrección los códices mixtecos prehispánicos; para Nowotny fue el *Arte del idioma zapoteco*, de fray Juan de Córdoba (1578), la obra que le dio la pista para entender “las complejas interrelaciones de los signos de los días con sus correspondientes numerales, sobre todo en el *tonalpohualli*, la cuenta de 260 días, respecto del universo de las realidades sagradas que permean todo el ciclo de la vida humana.”⁶ Knórosov utilizó correctamente el famoso silabario que aparece en la obra de fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, para plantear su hipótesis de la existencia en la escritura maya de elementos silábicos (combinaciones de consonantes con vocales) y logogramas.

En el caso de los códices nahuas coloniales tempranos del centro de México, de los que no poseemos contrapartes de certero origen prehispánico para comparar y contrastar, nos hemos apoyado en documentos novohispanos. Y es aquí donde deseo enfatizar un área que analiza León-Portilla en su libro, y que debemos tomar ahora con más aliento: me refiero a los magníficos ejemplos de escultura lítica, particularmente la monumental —la más compleja— del periodo imperial mexica-tenochca. Ejemplos tan conocidos como la *Piedra del Sol*, la de *Tízoc*, la encontrada en el Ex-Arzobispado de la ciudad de México o la tableta conmemorativa de una de las reconstrucciones del Templo Mayor mexica-tenochca (datada en 1487), por mencionar algunos, son potencialmente útiles para resolver algunos de los problemas iconográficos que aún persisten en los códices nahuas. Recordemos que en la *Piedra de Tízoc* y en la del *Ex-Arzobispado* se esculpió un buen número de glifos toponímicos que aún esperan un estudio más detallado. Y agrego a la extensa y útil bibliografía que se da sobre los autores que estudia León-Portilla en este capítulo las recientes obras traducidas del alemán o del ruso al inglés o al español como la de Nowotny: *Tlacuilolli. Style and Contents of the Mexican Pictorial Manuscripts with a Catalog of the Borgia Group*. El famoso compendio *Gesammelte* de Eduard Seler fue traducido al inglés bajo los auspicios de la casa editorial Labyrinthos. Y una obra que espera el eco de opiniones y/o críticas de los especialistas en la materia: la translación al español de la obra sobre escritura maya de Knórosov: se trata del *Com-*

⁶ *Ibidem*, p. 151.

pendio Xcaret de la escritura jeroglífica maya descifrada por Yuri V. Knórosov, una empresa materializada en tres volúmenes. Lamentablemente la muerte del doctor Knórosov acaeció antes de que viera terminada esta edición-homenaje que incluye copias de los códices *Dresde*, *Madrid* y *París*.

Lo anterior significa que cada día poseemos más fuerza documental, más potencia heurística heredada de los grandes maestros y los trabajos —numerosos— que se generan constantemente sobre la *tlacuilolli* mesoamericana, tanto en nuestro país como en el extranjero. Las futuras generaciones de investigadores resolverán más problemas con datos más precisos, fruto de los esfuerzos de esa notable cadena de sabios mencionada en esta sección del libro reseñado.

El quinto capítulo se dedica a realizar una lectura de páginas específicas de códices. Para ello escogió ejemplos de una amplia gama: el *Tonalámatl* o *Códice de los pochtecas* (*Fejérváry Mayer*), una lámina del *tonalpohualli* del *Códice Borbónico*, una sección de la *Matrícula de los tributos*, la narrativa histórica de la pictografía nahua colonial conocida como *Códice Telleriano Remensis*, la lámina 74 del código maya de *Dresde* y la lámina 48 del código mixteco *Vindobonensis Mexicanus I*. Los ejemplos nos ayudan a entender los acercamientos que se han intentado en la lectura de materiales de carácter diverso como el religioso, el económico y el histórico. Personalmente veo en estos análisis el reflejo de una amplia experiencia en el *corpus* documental indígena del México antiguo por parte del autor, o sea, la capacidad de hacer relaciones entre información procedente de un buen cúmulo de fuentes, capacidad que lo ayudó a navegar efectivamente por tópicos tan disímiles. En mi opinión, la tesis más sugestiva de este capítulo, y del primero, es la directa relación que propone nuestro autor entre el contenido del *Códice Fejérváry Mayer* y la *pochtecáyotl*, el arte de traficar. Varios son los argumentos: dioses propiciadores, fechas propicias, representación de caminos y encrucijadas, un glifo de mercado (*tianquiztli*), bulto mortuorio de *pochteca*, rituales y fiestas específicas como banquetes e, indirectamente, por los argumentos que ahí se expresan, la sorprendente relación de una de sus láminas con otra del *Códice Madrid* o *Trocortesiano*. Desde que se dio a conocer por primera vez la hipótesis, en 1985, han surgido nuevas preguntas derivadas de la misma.⁷ Agrego la mía, que quizá ya ha

⁷ *Tonalámatl de los pochtecas*. *Códice Fejérváry Mayer*, edición facsimilar, estudio introductorio y comentarios de Miguel León-Portilla.

sido expresada: ¿si el *Códice Fejérváry Mayer* es un libro de complejas cargas mánticas del *tonalli*, directamente vinculado a los comerciantes de una región mesoamericana, podríamos entonces suponer que el resto de los *tonalámatl*, como los del *Grupo Borgia*, estarían, cada uno de ellos, también, de alguna manera, asociados a un grupo, a un tiempo o actividad específica? Señalaré que en la más reciente edición en facsímil del *Códice Borbónico*, Anders, Jansen y Reyes García lo subtítulan *El libro de Ciuacóatl. Homenaje para el año del Fuego Nuevo*. De ser así, estamos frente a una importante pista a seguir: determinar las singularidades de cada libro de los destinos, con el objeto de descubrir si pertenecen a una de las categorías que llamaríamos de “hecho a la medida” o “personalizado” respecto a su contenido. Más adelante, podríamos saltar a la identificación estructural del *tonalámatl* “clásico” o “básico” que sirvió de “modelo arquetípico”, y que en un tiempo muy antiguo se movía por “todo terreno y en toda acción rituales”. Yo propongo que le sigamos los pasos, aunque sean de un solo pie, a Tezcatlipoca, “el mayor nigromante”, un dios que no se deja fácilmente atrapar, pero que aparece constantemente, con diferentes atavíos y objetos rituales, en los libros mánticos, por poseer el don de la ubicuidad, ser el señor del tiempo y del espacio y por su extraordinaria capacidad adivinatoria a través, entre otros instrumentos, de su espejo humeante. Recordemos también que algunos de los libros pictográficos antiguos tenían tablillas de madera recubiertas con piel de jaguar, nahual del Espejo Humeante, como especie de guardas.

Ha sido muy certero intitular el último capítulo como una “invitación más que una conclusión”, porque queda aún un camino largo por recorrer, aunque ya se han puesto las bases sólidas del conocimiento de los libros pintados desde, para dar un punto de referencia, la segunda mitad del siglo pasado. Poco a poco sigue la construcción de un *corpus* facsimilar más sólido. Además, para nuestra suerte, se continúan descubriendo nuevos manuscritos pictográficos como, para mencionar algunos, el de Xicotepec, el *Manuscrito de Glasgow* y otros ejemplos de pictografías *Techialoyan*, cuyo número ya casi llega a las sesenta. También se ha iniciado un proceso muy importante de devolución de los códices a sus comunidades de origen, como es el caso de Cuaxicala, en el estado de Puebla, para el *Códice de Xicotepec* y el pueblo de San Pedro Tototepec, en el corredor industrial Lerma-Toluca, donde, además de estudiar y publicar su *Techialoyan* en facsímil, se restau-

ró el documento, que ya mostraba un serio deterioro, y se devolvió a los representantes locales del comisariado.⁸

La pregunta final obligada al texto de León-Portilla debe hacer referencia a la continuidad actual del *amoxohtoca*, “el camino de los libros”. ¿Existe la *tlacuilolli* —entendida como el arte de pintar códices— en nuestro tiempo? La última ilustración a color de la obra, la número 33, tiene como pie: “Perduración de los códices. Códice de reciente manufactura. Libro de oraciones otomí.” Se trata de una tira de papel de amate con recortes del mismo material y de otros tipos de papel moderno, que forman las figuras humanas y la iconografía de un ritual. Además se han agregado unas “glosas” explicativas en español. ¿Cuáles características básicas definen un códice, apartándolo de cualquier otro documento ilustrado? La pregunta no es sencilla. Algunos autores modernos consideran que fue a finales del siglo XVII y principios del siguiente cuando se manifestaron los últimos intentos de elaborar pictografías a la manera tradicional, como fue el caso de la producción, “bastante copiosa”, de los documentos *Techialoyan* y otros contemporáneos como los de Oaxaca, referidos al problema de la propiedad territorial comunitaria.⁹ El principio, muy antiguo, de la utilización de códices en Mesoamérica está ampliamente reseñado en los primeros capítulos del libro. El ejemplo otomí citado previamente nos indica una historia continua del *amoxtli* que aún no termina. Este asunto, por su complejidad, merece una reunión especial de discusión, con el objeto de realizar una revisión desde las perspectivas del origen, los materiales usados, el estilo gráfico, los sistemas de escritura, los contenidos y, de particular significación, los contextos o propósitos de elaboración. En esta revisión general se incluirían no sólo los ejemplos que consideramos “originales”, sino también las numerosas copias, particularmente las pintadas en el siglo XIX.

Como es el caso de otras obras del doctor León-Portilla, de ésta esperaremos nuevas ediciones con nuevos materiales e ideas. Queda aún trabajo por realizar con los códices purépechas. De uno de los más importantes, la *Relación de Michoacán*, ya poseemos varias ediciones de buen nivel y un facsímil estupendo que sólo tiene la desventaja de dejar nuestros bolsillos vacíos. Hay otros documentos pictográficos michoacanos de tema tributario particularmente,

⁸ *Códice Techialoyan de San Pedro Tototepec, Estado de México.*

⁹ Miguel León-Portilla, “Expresión del pensamiento indígena en los lienzos zapotecas de la Sierra norte oaxaqueña y en los códices nahuas del grupo *Techialoyan*”, en *Acervos. Boletín de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, v. 4, p. 12-14.

como los procedentes de Cutzio y Huetamo, estudiados por Hans Roskamp, que muestran una riqueza que es necesario explorar con mayor detalle. Y ampliando el territorio, tenemos también un trabajo pendiente con los documentos otomíes, como el de Xilotepec y Huichapan, o con los cuicatecos, mazatecos, ixcatecos y otros, cuyo estudio y publicación apenas ha comenzado. Y, precisamente, la invitación que hace León-Portilla en este último capítulo es para que nos acerquemos a este gran mosaico de “Los libros antiguos del Nuevo Mundo”, mosaico único fuera del Viejo Mundo y también en el universo colonial americano.

El libro aquí reseñado no sólo aporta importantes bases para la exploración del fenómeno de la *tlacuilolli* antes y después de 1519, sino que culmina con un apéndice, de gran utilidad, donde se enumeran los principales catálogos de códices mesoamericanos, además de una importante lista de obras consultadas. Y refiriéndome a los catálogos es imposible no mencionar el extenso y muy útil “*amoxmachíotl*” producido por John B. Glass en 1975. Expresado en muy pocas palabras: sin el catálogo de Glass y los artículos derivados de éste sería en extremo difícil navegar en el ámbito de los códices. Su uso es inevitable. Con gran fortuna, los doctores Michel Oudijk y María Castañeda, con la ayuda de especialistas mexicanos y extranjeros, se han dado a la laboriosa tarea de ponerlo al día. Después de 1975, la bibliografía sobre la *tlacuilolli* se ha multiplicado enormemente. Y aquí deseo mencionar un asunto que me concierne no sólo como autor de trabajos sobre códices, sino también como editor de ellos. Muchas publicaciones mexicanas han sido criticadas de no ser absolutamente facsimilares. Reproducir una pictografía, por breve que sea, con tamaños y colores originales es muy costoso. Las instituciones que nos hemos dado a la tarea de hacerlo hemos llegado a una negociación con la realidad del mercado: un interesado en estos tópicos tiene un límite de pago por el libro. Sin embargo, le estamos entregando una edición lo más parecida al original. Generalmente es la cromática lo que se sacrifica. Pero no debemos olvidar que muchos colores originales se han perdido o transformado con el paso del tiempo. Y es posible que por estos dos factores, uno editorial y otro la antigüedad, no hemos podido llegar a definir aún más el significado ritual de ciertos colores. Pero hay esperanza. Me refiero a la muy interesante empresa que ha emprendido la revista *Arqueología mexicana*, ese milagro de difusión del conocimiento que se efectúa cada dos meses en los puestos de periódicos de nuestro país. Aprovechando los avances

de la fotografía digital, los editores han emprendido la tarea de dar a conocer los códices mesoamericanos en un formato accesible, casi facsimilar, que no sacrifica la información. La serie abrió con la *Matrícula de los tributos*, acompañada de los estudios de María Teresa Sepúlveda y Herrera y Víctor Manuel Castillo Farreras, con una introducción de Miguel León-Portilla. El siguiente número fue dedicado al *Códice Fejérváry-Mayer* o *Tonalámatl de los pochtecas*, cuya primera edición había sido de distribución restringida. La pictografía, cuyo original se encuentra en Liverpool, Inglaterra, se reproduce en su integridad con un estudio introductorio y comentarios por el doctor León-Portilla. Ha pasado mucho tiempo en la historia de las ediciones facsimilares de pictografías mesoamericanas desde que Lord Kingsborough murió en prisión en 1837, debido a las altísimas deudas que contrajo para publicar su *Antiquities of Mexico*, hasta la venta de reproducciones de códices de *Arqueología mexicana* en las tiendas de autoservicio.

Finalizo mi intervención haciendo una evocación de mis primeras lecturas de la obra sobre códices del doctor León-Portilla, cuando era estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras. Recuerdo haber leído un pequeño libro intitulado *Imagen del México antiguo*, publicado en 1963 por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), cuando esta casa editora tenía una presencia muy visible en los puestos de venta informales, colocados en los pasillos de nuestra Facultad. Siguió después un trabajo que se ha convertido en un clásico: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, en su primera y bella edición a color y en pasta dura (1961), reimpresso en 2005 por el Fondo de Cultura Económica en una presentación especial, como parte de la celebración del septuagésimo aniversario de la casa editorial. Ahí leímos, por primera vez, la tesis del binomio oralidad y libro pintado, que tiempo más tarde nuestro autor desarrollaría de manera más exhaustiva en otros libros y artículos. También eran tiempos de muy pocos catálogos de referencia sobre pictografías, y el que más circulaba entre alumnos y maestros era el que compiló León-Portilla junto con el maestro Salvador Mateos Higuera, dado a conocer en el *Boletín de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* en 1957. Mi interés por la Mesoamérica prehispánica en general y los códices en particular se nutrió del ambiente de gran efervescencia que se daba en la Facultad de Filosofía y Letras a fines de los sesenta y principios de los setenta, ambiente que generaban profesores como Carlos Martínez Marín, Carlos Margáin, Alberto Ruz Luhlillier, Alfredo López Aus-

tin, Beatriz de la Fuente, Martha Foncerrada de Molina, Víctor Manuel Castillo Farreras, Sonia Lombardo, Paul Gendrop y el propio doctor León-Portilla, cuya clase de cultura y lengua náhuatl era ineludible. Curiosamente, mi primer trabajo sobre pictografías mesoamericanas fue un pequeño catálogo de los fondos que existen en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, como parte de mi labor dentro del Programa de Formación de Personal Académico. Para mi sorpresa, ahí descubrí la edición original de *Antiquities of Mexico* de Lord Kingsborough. Todavía me impresionó su magnitud física y de contenido: es una sorprendente e increíble compilación de reproducciones de códices y documentos en prosa.

Quisiera terminar esta intervención con una nota personal sobre mi asociación con la obra del doctor León-Portilla que se remonta a mis años de estudiante del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y que tuvo un momento particularmente especial en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, Louisiana. Fue en marzo de 1984, con gran suerte, cuando tuve la oportunidad de asistir a las conferencias que el profesor Wigberto Jiménez Moreno organizó en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. Don Wigberto había sido nombrado investigador especial por un año, con el apoyo de la Fundación Andrew W. Mellon para las Humanidades. Uno de los conferenciantes invitados durante ese periodo fue el doctor León-Portilla. Y, días después, aprovechando su estancia, hubo reuniones especiales convocadas por el profesor Jiménez Moreno y Martha y Donald Robertson, para examinar las pictografías originales y sus fondos bibliográficos guardados en la Biblioteca Latinoamericana de dicha universidad, una de las cuatro más importantes en los Estados Unidos. Para mí, un estudiante en ciernes, fue particularmente grato haber oído, en un ambiente casi familiar, las opiniones y comentarios de estos excepcionales maestros. Fue una oportunidad que no se repetiría. Lamentablemente, en octubre de 1984, murió el doctor Robertson y, un año después, supimos del deceso de nuestro maestro don Wigberto.

Pues aquí estamos reunidos, en esta celebración de una larga y prolífica vida intelectual, como retratados en ese vaso maya que se reproduce en las páginas 30 y 31 de la obra reseñada: *Un ah ts'ib*, con un códice, enseña a sus discípulos. Los alumnos miran el libro pintado como algo que, por sus formas y contenidos, mágicamente se transforma en un objeto ritual, en un libro sagrado.



No me queda más que repetir las acertadas palabras del doctor Alcina Franch, al final de su artículo incluido en el homenaje de 1997:

Los que somos sus amigos y admiradores esperamos que los años próximos nos permitan seguir recibiendo de su pluma nuevas y más importantes, si cabe, contribuciones en este campo específico.¹⁰

Reitero mi agradecimiento por haberme proporcionado este espacio en tan especial celebración de los ochenta años de vida del doctor Miguel León-Portilla, así como de los cincuenta que cumple su importante libro sobre la filosofía náhuatl.

¹⁰ Alcina Franch, “Estudios sobre códices”, p. 151.

